



DECIR CIENCIA Y CULTURA ES SER REDUNDANTE

GABRIEL RESTREPO

Consultor, Departamento Nacional de Planeación

DECIR "CIENCIA Y CULTURA ES SER REDUNDANTE. La ciencia es cultura. O mejor, es una forma especial de la cultura. Casi que diríamos la ciencia es un "género" particular de la cultura.

Para que ello sea comprensible, conviene precisar qué se entiende por cultura. Ello no sería necesario, si el concepto de cultura fuera unívoco, y, sobretodo, si la noción de cultura no estuviera tan asociada, por la costumbre, a usos muy restringidos y hasta arbitrarios.

En sentido común, por ejemplo, se establece una contraposición entre una persona culta y otra inculta, cuando a la primera atribuimos ciertos gustos, trato, maneras y refinamientos, de validez más bien general, que son producto de una formación o educación especial de la sensibilidad y del entendimiento, según la tradición distintiva de occidente.

Pero ocurre, con frecuencia, que de allí se pasa, con mucha comodidad, o con mucha pereza, a decir que la persona inculta carece de cultura. Que no posea, o que no comparta la cultura "nuestra", o la de un determinado grupo de referencia, no quiere decir que esté privado de cultura, porque ningún ser humano, por más simple, elemental o tosco que sea o que parezca, carece de cultura.

Por ejemplo, aunque no nos guste escupir frente a otro, ello puede ser una forma importante de interacción entre dos arhuacos que se encuentran en el camino y "mambean". Pero escupir también es un acto de frecuencia inusitada en un juego tan público y tan occidental como es el beisbol. De ahí, por supuesto, no deduzca el lector una alabanza a uno de los pecados capitales denunciados en la cartilla de Carreño. Simplemente, se quiere indicar que hay actos que dependen de contextos y que las culturas son por esencia variables. Tampoco se sugiere un relativismo a ultranza. Más bien, se deriva de ahí una enseñanza: la de que es necesario comprender la diversidad de las culturas y, desde la propia, ser capaces de enunciar sus ventajas, sin renunciar a la posibilidad de compararla con otras o de aprender de ellas.

En otro sentido, suele pensarse que la cultura es la familiaridad con los clásicos o con lo antiguo. En otros términos, con lo que ya ha dejado de ser y con aquello que ha sido consagrado por la aureola de una corroboración post-mortem. Esta representación acierta en que la cultura es un labrado intergeneracional, un aluvión formado por muchas capas de sucesiones de hombres. Pero yerra en algo fundamental y es que no reconoce que la cultura se recrea de modo permanente en el tráfico de lo vivo con lo muerto, de lo vivo con lo

presente, y aún de lo vivo con lo no vivo aún, es decir, con el porvenir.

Existe otra versión parecida: es la patrimonial. Según ésta, la cultura son las cosas físicas en las cuales ha encarnado la expresión del ser humano. Cuando el hombre ha desaparecido, quedan sus vestigios: las casas, los utensilios, las obras de arte, etc. Esta concepción recoge algo verdadero, y es que la cultura aunque mental, deviene material. Las expresiones culturales buscan tanto la durabilidad, como la reproducibilidad. De lo primero, el ejemplo clásico es la pirámide. De lo segundo, la época moderna brinda muchas muestras, con los avances técnicos (la revolución de los medios), encaminados a multiplicar las copias de los modelos (el libro, la pintura, la imagen) y a transformar en presente lo ausente (el disco, el cine, la grabadora). Sin embargo, ni las visiones patrimoniales (arqueológicas arquitectónicas o museológicas), ni las perspectivas "cósicas", pueden explicar la actualidad de la cultura o el potencial de las culturas vivas, y muchas veces se olvidan de la circularidad entre mente y materia, tan distintiva de la creatividad de la cultura.

OTRA IMAGEN EQUIVOCADA, o mejor, unilateral, de la cultura, es aquella que la considera como "espectáculo", como aquello que se pone, o que se expone, frente a mí, ante lo cual yo me depongo de mi mismo. A esta noción le es indispensable la barrera que separa el escenario del espectador, sea en la televisión, en el cine, en el teatro o en la exhibición pictórica.

Esta dimensión recreacional es, por supuesto, un componente importante de la cultura, pero no es toda la cultura. Es importante, porque todo acto cultural, en el fondo, es un desdoblamiento de la personalidad (es proyectarme en el otro o en lo otro), pero es limitado, porque la vida no es solamente juego especular: levantado el telón, el espectador se viste con su propio traje y continúa, él mismo, su propio drama. Muchas veces se comete un múltiple sinsentido cuando, con cierto paternalismo, más bien risible, se dice que es necesario llevar cultura al pueblo, o a los incultos, en forma de "espectáculos" (algo así como el pan y el circo).

A partir de estas definiciones negativas, conviene intentar una precisión positiva de lo que es cultura, y podría ser esta: la cultura es el conjunto de creencias y de símbolos expresivos que sirven como código de las relaciones sociales y que, por supuesto, se manifiestan de diversos modos. De esta forma, toda la acción humana está imbuída de cultura, desde el lenguaje, hasta el vestido (que es otra forma del



Este hombre en el centro del universo, contenido en un códice de Santa Ildegarda, simboliza el mundo pequeño (micro-cosmos) en contraposición con el universo (macro-cosmos). Biblioteca Statale, Lucca, Foto Scala.

lenguaje). El hombre es un animal cultural. Y cada vez más conquista ese atributo de ser un ente cultural, a pesar de tantas caídas (sea el fascismo, sea la muerte evitable de los niños, sea la injusticia universal).

Partiendo de este punto, puede exponerse el tema que suscita este escrito: la relación de la ciencia con la cultura.

SI EL HOMBRE ES UN PRODUCTO TARDIO DE LA NATURALEZA y, también, de la vida, la ciencia es un producto tardío de la evolución humana. El deseo de saber siempre ha acompañado al hombre, pero el saber científico es un producto de hace tan sólo catorce generaciones. Como tal, la ciencia es una actividad cultural altamente compleja, pero es, al fin y al cabo, una expresión de la cultura. La ciencia es una forma especial del sistema de creencias.

Las creencias científicas se diferencian de otras creencias filosóficas, religiosas, ideológicas, morales, por una valoración singular de la racionalidad crítica. La ciencia se ha caracterizado por destruir sistemas filosóficos, religiosos o ideológicos, dada su particular propensión a someterlo todo a interrogante y a experimento. Y si bien es verdad que la ciencia nunca podrá suministrar ella sola la clave de la vida (pues, al parecer, siempre serán necesarias la filosofía, la religión y la ideología), de su poder crítico y creador depende cada vez más la constitución de la especie humana. No obstante, también la ciencia depende para su éxito de otras creencias no científicas. Y no solamente por el hecho de que dichas creencias no sean impedimento para avivar la curiosidad científica (como ocurrió con la España de la Inquisición), sino porque en la raíz de muchas genuinas creaciones científicas se encuentran directrices metafísicas, ideológicas y humanísticas: ni Newton, ni Einstein hubieran sido los genios que fueron, sin el impulso de mentalidades abiertas que sobrepasan el interés explicable por la ciencia.

Pero, además, la ciencia se distingue de otras formas de expresión (la poesía, el arte, el saber popular), por un método propio de exposición, que combina el interés por la recurrencia de una clase especial de fenómenos (la ley), con la precisión en el tratamiento de lo singular, por medio de la observación matemática y la lógica empleada para el juicio y el contraste. Nadie niega que en la poesía hay saber. Incluso, un saber profético con un poder que la ciencia nunca tiene. La novelística es, por otra parte, una cantera que revela el carácter de un pueblo: García Márquez suministra claves sobre el destino de Colombia (y de América Latina), que las ciencias

sociales serían lerdas en descubrir. Pero el saber científico posee una característica que lo hace irremplazable: es la de exponer en forma explícita y acumulativa el conocimiento sobre un dominio de la experiencia sobre la naturaleza o la sociedad.

Un célebre conferencista inglés, Snow, sostuvo en 1959 que en la sociedad moderna se habían bifurcado dos culturas, con un carácter cada vez más irreconciliable: la cultura científica y la cultura humanística. La primera es la de los especialistas, es decir, de aquellos que saben cada vez más sobre cada vez menos. La segunda, la de los filósofos, ideólogos, religiosos, artistas y literatos. En la visión pesimista de Snow, estas dos categorías tenderían a separarse cada vez más, como los dos brazos de la parábola.

Confieso que la perspectiva de Snow no puede ser negada con argumentos románticos o facilistas. Ahí hay un problema. Y sin embargo, en lo personal me interesa subrayar más las complementariedades, que las separaciones. Y el argumento puede apoyarse en algunas razones. Antes que especialista, el científico debe graduarse como humanista o generalista. Esa es la obra de la educación primaria, de la educación secundaria y, aún de buena parte de la formación universitaria (hasta la maestría y el doctorado). Como lo prueban muchas experiencias, el éxito de la especialización está en buena medida asociado al éxito de la integración del saber científico (y también, de la integración del saber científico con el saber humanístico y estético).

Todavía podría abonarse otro argumento. Los grandes movimientos

culturales muestran siempre una extraordinaria convergencia de diferentes manifestaciones. La invención de Leonardo da Vinci estaba nutrida por artesanos, pintores, escritores. Las creaciones científicas del siglo de las luces serían incompresibles sin una gran afinidad y correspondencia de almas con sensibilidades y vocaciones diferentes, congregadas en los salones. Luego, en los siglos XIX y XX el café, las tertulias y, en especial, las universidades han sido ámbitos para que las diferentes formas de creatividad se estimulen en cadena.

Todo esto tendría especiales repercusiones para Colombia. Nuestra densidad cultural es baja. Concibo este concepto de "densidad" cultural como la frecuencia de los intercambios y de las comunicaciones entre creadores de diverso "género", "vocación" u "oficio". Si hay poca comunicación en cada una de las ciencias o profesiones, es muy rara la que hay entre las ciencias y, más rara aún, la que se entabla entre las ciencias, las artes, la filosofía y la religión, y todavía más excepcionales las que ocurren entre todas ellas y el ciudadano, o entre todos ellos y el pueblo.

Aquí hay un señalamiento obvio a la precariedad de las políticas e instituciones culturales, pero también a un vacío de libertad, pues es la libertad la que construye (pese a todos los amurallamientos) esos tejidos que forman una comunidad viva de cultura, es la libertad la que produce los saltos en creatividad, tan indispensables, en sus diferentes manifestaciones (incluida la creatividad en la producción económica) para proporcionar a un pueblo la riqueza que merece. 🍀

Grabado humorístico de Carlé Vernet que plasma un grupo de gente contemplando el eclipse de sol ocurrido el 7 de septiembre de 1820. Museo Carnavalet, París, Foto Carlo Bevilacqua.

